Capítulo I

Bajo el viejo sanatorio

EL DESHIELO

A las 06:00 del día 1, la silueta del cerro apareció en la pantalla de Damián y después de algunos intentos, logró comunicarse con el equipo de extracción.

La cámara del casco de Nadia mostró primero un terreno de nieve sucia y placas de barro. Cuando inclinó la cabeza, apareció un gran hoyo negro como una boca bajo los cimientos del sanatorio. Los bordes todavía goteaban. El agua de deshielo se movía en torno al metal retorcido y desaparecía en una abertura demasiado recta para ser natural.

Damián dejó el café junto al teclado. En la superficie de la mesa se había formado una película gris que temblaba con el zumbido de los equipos. La sala de enlace de K-7 estaba tres niveles debajo del edificio principal, a resguardo del viento, con la humedad metida en las paredes. Frente a él, nueve monitores repetían el mismo amanecer con distintas temperaturas.

—Girate un poco a la izquierda —le pidió inquieto.

Nadia ajustó el ángulo de la cámara, aunque tardó en contestar. Estaba agachada en la entrada del túnel, con una mano apoyada en el marco de piedra y la otra fuera de campo. En el canal secundario alguien respiraba demasiado cerca del micrófono.

—¿Así? Avisame cuando esté todo bien.

—Dos grados más, solo un poquito. Ahí. Quedate quieta.

Damián amplió una zona junto al dintel. La mampostería del sanatorio era conocida: granito local, ladrillo cocido, reparaciones sucesivas hechas sin cariño. Aquello era diferente. Bloques angostos, unidos por una mezcla clara que formaban un arco dentro de otro arco. El derrumbe había dejado al descubierto una puerta a la que le faltaba la pared.

—Doctor, tenemos movimiento arriba. Se escuchan ruidos —avisó una voz. Era Salvatierra, uno de los hombres de recuperación—. Esto se puede venir abajo en cualquier momento.

—Por eso les dije que no entraran todavía —respondió Nadia.

Damián miró el gráfico geotécnico que ocupaba el monitor lateral. Los puntos verdes permanecían dentro del margen. Dos amarillos habían aparecido durante los últimos cuatro minutos, pero ninguno justificaba abandonar la inspección. El túnel podía aguantar unas horas. Orpheus, no.

A las siete llegaría el primer equipo municipal a revisar el deslizamiento y a las ocho alguien descubriría que los permisos del sanatorio no mencionaban tres subsuelos ni un laboratorio.

En la esquina superior de la pantalla parpadeó un mensaje de la dirección regional:

> RECUPERAR ANTES DE INTERVENCIÓN EXTERNA. SIN EXCEPCIONES.

Damián lo cerró.

—Nadia, quedate en la entrada. Mandá primero el robot.

—Hay barro y cascotes por todos lados. Va a ser difícil que avance.

—No mandes gente todavía, probamos con la oruga primero.

—Pensé que ibas a sugerir lo contrario.

La frase llegó cortante y con un tono conocido por Damián. Nadia discutía para dejar constancia de quién había visto el riesgo antes que los demás. En otras circunstancias, esa costumbre lo tranquilizaba.

—Necesito una lectura del interior. No necesito un héroe.

—Acá no hay ninguno. Nada de héroes.

Hizo una seña. La cámara bajó hacia unas botas embarradas y luego siguió el avance de un pequeño vehículo de reconocimiento montado sobre orugas. El aparato cruzó el umbral tirando de un cable naranja. Durante varios segundos solo mostró piedras y una tubería rota. Después el túnel se ensanchó.

Damián acercó la cara al monitor y vio que el piso estaba seco.

Una línea separaba el barro exterior del polvo fino que cubría las baldosas. El agua goteaba desde el arco, tocaba esa frontera y se desviaba hacia ambos lados.

—Paralo ahí. —Damián siguió mirando el monitor.

—Ya lo vi —contestó Nadia.

—Medí humedad de superficie y ambiente.

Salvatierra soltó una risa corta por el canal.

—¿Quiere el pronóstico del clima también, doctor?

—Quiero que hagas tu trabajo, Salvatierra. Con eso alcanza.

El silencio posterior se prolongó hasta que Damián se arrepintió de la respuesta. Cuando intentó corregirla, ya era tarde.

Vio aparecer los datos: doce por ciento de humedad relativa dentro del túnel, ochenta y seis afuera. Imposible no era una categoría útil. Sensor defectuoso, sí. Gradiente térmico o sales que absorben humedad. Cualquiera de esas hipótesis podía medirse.

El vehículo avanzó seis metros y enfocó una cámara rectangular, sin picaporte ni bisagras. Nadia entró detrás de él cuando el segundo sensor estructural volvió a marcar verde.

—No te autoricé para entrar —quiso recordarle Damián.

—No te pedí autorización.

—Nadia…

—No te preocupes. Estoy atada a una línea y tengo dos personas afuera. Si el techo se mueve, salgo. Si esperás al municipio, perdemos lo que haya acá. Elegí qué parte de la orden querés cumplir.

Damián apoyó las manos en el escritorio. Podía cortar el operativo desde la consola. También podía imaginar el informe de Orpheus, la frase riesgo mal evaluado, la lista de nombres a los que copiarían. En la pantalla, Nadia colocó una carga expansiva en la junta de la cámara.

—Carga mínima —exigió—. Y nadie toca nada sin guantes de nivel biológico.

—Ahora sí hablás como médico.

El material expansivo trabajó sin explosión. La junta se abrió con un sonido parecido al hielo quebrándose sobre un lago. Nadia y Salvatierra desplazaron la hoja de piedra lo suficiente para pasar. La luz de sus cascos recorrió una habitación baja.

Había un sarcófago en el centro.

Damián tardó en reconocerlo porque no tenía adornos. Ni cruz, ni nombre. Era una caja larga y angosta, sostenida por dos apoyos de piedra. Alrededor había solo tres recipientes de vidrio, alineados en una repisa excavada en la pared. El vidrio estaba transparente, apenas tenía un poco de polvo.

—Esto no es una tumba —reveló Nadia.

—¿Por qué?

—Porque las tumbas quieren que sepas quién está adentro.

Salvatierra acercó una linterna a la superficie del sarcófago.

—A lo mejor no lo enterraron. Lo encerraron.

Damián hizo capturas de cada cara visible. La piedra, si era piedra, no mostraba depósitos de sales, hongos ni las manchas de escurrimiento presentes en los muros. Tampoco había corrosión en las abrazaderas metálicas de la base. Sintió la familiar presión de una hipótesis formándose antes de disponer de datos y la aplastó con una orden.

—Hagan una lectura térmica. Sin contacto.

Nadia sacó el sensor del estuche que llevaba sujeto al pecho. Apuntó primero al muro, después al piso y por último al centro de la tapa.

—En la pared, cuatro coma uno; piso, tres coma siete —leyó— y en la caja, nueve coma seis.

—Repetí para estar seguros.

—Nueve coma ocho.

—Cambiá de sensor. ¿Tenés otro?

—Hay uno solo acá adentro.

—Entonces sacalo, calibralo y volvé a medir.

—Damián, el cerro se está desarmando. Es mucho hacer tres viajes para que una cifra te guste. Es lo que pudimos medir.

Una masa encerrada durante décadas no podía conservar seis grados de diferencia sin una fuente de energía o una reacción en curso. Damián examinó la lectura y buscó el ascenso irregular de una batería agotada, el reflejo térmico de los cuerpos o cualquier anomalía con una forma reconocible. La línea permanecía estable.

—Avancemos con esto, traigan todo —pidió—. La caja y los recipientes. Sellados, sin abrir. Declará riesgo biológico hasta que sepamos por qué mantiene esa temperatura.

—Eso frena el traslado en la esclusa.

—Sí, ya sé.

—Y a Orpheus no le va a gustar, vas a tener que explicárselo.

—Bueno, que me llamen.

Nadia sostuvo la cámara hacia la tapa otro segundo. Damián tuvo la absurda impresión de que los escuchaban. No había nada que oír salvo el roce de los trajes y, más lejos, el agua buscando una entrada que la habitación le negaba.

La extracción llevó veintisiete minutos. Fijaron el sarcófago a una camilla de carga y tendieron planchas sobre el sedimento. Mientras Nadia comprobaba los anclajes, Salvatierra fotografió los tres recipientes y los colocó, sin limpiarlos ni abrirlos, en un contenedor secundario con tres cavidades numeradas.

Cuando por fin cruzó el umbral, una placa gruesa de hielo seguía adherida a la base. Afuera, la temperatura había subido a seis grados.

—Movelo despacio, de a poco —ordenó Nadia—. No me lo inclinen. Salvatierra, fijate que el cable no se enganche. Mirá el cable, che.

Los hombres acomodaron la camilla bajo una lona térmica. Damián observó cómo el hielo se volvía transparente. Esperó que se derritiera en los bordes, donde recibía el aire templado y el calor de las manos. En cambio, apareció primero un círculo oscuro en el centro exacto de la placa.

El agua brotó desde allí y corrió hacia afuera en líneas finas.

Damián acercó la imagen hasta que los píxeles se deshicieron.

—Nadia… ¿estás viendo eso? —preguntó.

—Sí, lo estoy viendo. Dejame acercar la cámara.

Ninguno agregó nada. En el monitor lateral, la lectura térmica del sarcófago subió una décima.

⁂

DIECINUEVE PERSONAS

Cuarenta y tres minutos después, Damián esperaba al sarcófago detrás del vidrio de la esclusa.

El muelle subterráneo de K-7 había sido construido dentro de la antigua lavandería del sanatorio. Aún quedaban azulejos blancos detrás de las guías metálicas y, en algunos lugares, unas flores azules pintadas a mano asomaban entre las cámaras térmicas. El portón nuevo ocupaba el hueco por donde antes habían entrado carros con sábanas de tuberculosos.

Tomás Leiva terminaba de montar una cámara sobre un trípode. Había colocado otras dos en las esquinas y una cuarta dentro de la esclusa, protegida por una carcasa transparente.

—Esa cámara apunta a cualquier lado, estás filmando al piso —corrigió Damián.

—Apunta a la entrada.

—La entrada está un metro más arriba.

Tomás miró la pantalla de prueba y corrigió el ángulo.

—Bueno, ahora también documentamos mis errores.

—No, difícil. Para eso necesitaríamos más memoria.

Tomás sonrió. Tenía veintinueve años y la facilidad irritante de considerar cualquier reproche una forma de conversación. A Damián le resultaba útil el humor durante la espera.

Mara Ionescu entró con una carpeta de plástico contra el pecho. Llevaba pantalón negro y un guardapolvo abrochado hasta el cuello. Dejó la carpeta sobre la consola sin saludar.

—Estuve revisando el registro y la cadena de custodia tiene un agujero de cuarenta y siete minutos.

—El operativo empezó antes de que abrieran la cavidad —respondió Damián.

—Entonces el agujero es más grande. Mirá las firmas.

Damián revisó la primera hoja. Había firmas de Nadia, Salvatierra y dos técnicos, pero la casilla correspondiente al responsable de extracción estaba vacía.

—La completa Nadia cuando llegue.

—Acá no dice quién se hizo cargo de la extracción. No es un crucigrama, Damián. Se completa en el momento.

—El momento incluía un cerro cayéndose.

—Los cerros no invalidan la trazabilidad. Si alguien recibió el material y después se lo entregó a otro, tiene que quedar registrado.

Tomás levantó una mano sin apartarse de la cámara.

—Yo tengo todo grabado desde las 06:12.

—Bien, menos mal que vos grabás hasta cuando vas a buscar café —aclaró Mara.

—Y a veces no consigo.

El formulario no era el problema inmediato. Del otro lado del portón se oyó la alarma grave del montacargas.

Nadia habló por el intercomunicador antes de aparecer.

—El vehículo ya está en posición. Quiero esclusa cerrada y presión negativa antes de bajar la carga.

—La presión ya está estable —respondió Damián.

—Dejame comprobarlo, quiero revisarla yo.

El portón exterior subió. Entró primero una nube de aire frío, después Nadia y dos técnicos con trajes impermeables. La camilla de carga avanzó detrás, cubierta por una lona gris asegurada con correas. Las ruedas dejaron dos líneas de agua sobre el piso epoxi.

Nadia comprobó el panel, hizo cerrar el portón y recién entonces se quitó el casco. Tenía el pelo aplastado contra la frente y una mancha de barro en la mejilla.

—Que nadie entre —se escuchó entre respiraciones cortas, agitada—. Hacemos descarga remota, descontaminación completa y cuarentena hasta que Seguridad apruebe la apertura.

—Seguridad no aprueba procedimientos médicos —remarcó Mara.

—Esto todavía no es un procedimiento médico. Tengo que asegurarme de que podemos acercarnos.

—Hay un cuerpo adentro.

—Hasta que sepamos por qué está caliente, no voy a dejar que nadie se acerque. Por ahora, vamos a registrarlo como posible material biológico humano y mantenemos contención máxima hasta que lo revisemos por fuera. Después decido cómo abrirlo.

—Lo decidimos juntas —corrigió Mara.

—Vos redactas el protocolo y yo lo autorizo.

Tomás activó las cámaras. Una luz roja se encendió en cada esquina.

—Registro K-7, ingreso uno —dijo frente al micrófono—. Día 1, 07:39. Material recuperado en el túnel norte del antiguo sanatorio. Presentes…

—No digas «túnel norte», poné «túnel sin catalogar» —interrumpió Nadia—. No sabemos si hay más.

—Túnel sin catalogar entonces —rectificó Tomás—. Presentes: doctores Damián Arce y Mara Ionescu, jefa Nadia Petrescu, técnicos Vallejos y Kim…

El anexo de guardia ocupaba una segunda pantalla: diecinueve personas para sostener K-7 durante los catorce días del turno cerrado. Además de Damián, Mara, Tomás y Nadia, figuraban Celina en enfermería; Kim en instrumentación; Quiroga y Vallejos en refrigeración y energía; Lamas y Valdés en mantenimiento biomédico; Salvatierra en recuperación; Benítez en cocina; Sosa, Ferreyra, Duarte y Molina bajo el mando de Nadia. Una auxiliar de limpieza y dos integrantes de apoyo clínico completaban la dotación. Nadie esperaba un relevo antes del día 15.

Benítez apareció desde la cocina con una bandeja de vasos de plástico. Había escrito cada apellido sobre el borde porque, según él, la gente soportaba mejor el café malo si podía demostrar que era suyo.

Damián tomó el vaso con su nombre sin agradecer.

—Cuando esto sea importante, doctor, yo voy a decir que lo mantuve despierto.

—El café no va a salir en el informe.

Benítez levantó y señaló su propio vaso.

—Por eso necesito testigos, con eso es suficiente.

Sosa repetía cada orden en voz baja y comprobaba dos veces cierres, seguro y munición.

Ferreyra, en cambio, probaba cada cierre tirando de él como si esperara que fallara. Duarte marcaba con cinta blanca las rutas de salida y nunca dejaba una puerta a su espalda. Molina llevaba el registro de munición; antes de entregar un arma obligaba a repetir en voz alta quién la recibía.

Al mismo tiempo que nombraba al equipo, Nadia retiró las correas del sarcófago siguiendo un orden que solo ella conocía. Damián firmó la recepción provisional. Mara agregó junto a su firma: «sin verificación del contenido». Tomás acercó la cámara portátil.

—¿Alguien vio los recipientes? —buscó Damián.

Nadia señaló el contenedor secundario sujeto al extremo de la camilla.

—Separados y numerados. Los mantuvimos cerrados y no se limpiaron.

—¿Por qué? —preguntó Mara.

—Porque el polvo también es evidencia.

Mara asintió, casi a disgusto. Damián vio ese acuerdo mínimo y decidió no intervenir.

Los brazos mecánicos rociaron la lona con una niebla descontaminante. El líquido se acumuló en los pliegues y cayó a la rejilla. Cuando el ciclo terminó, Nadia autorizó a los técnicos a descubrir la carga.

El sarcófago parecía más pequeño bajo las luces blancas. Sin la oscuridad del túnel, su superficie no era negra sino de un gris verdoso, mate, atravesado por vetas finas. Sin inscripciones de ningún tipo. Damián sintió decepción antes de reconocerla: una parte de él había esperado un nombre, una fecha, algo que convirtiera la anomalía en historia.

—Temperatura de ingreso —pidió.

Vallejos apuntó el sensor infrarrojo.

—Dieciocho coma uno.

Damián miró el panel de transporte. El compartimento del vehículo había permanecido a dos grados durante todo el trayecto.

—Mara, repetí la medición con la sonda de superficie.

—No perforen nada —advirtió Nadia.

—Superficie, no penetración —precisó Damián.

Mara ya se estaba colocando guantes. Tomó una sonda plana, la apoyó contra uno de los laterales y esperó a que el número dejara de oscilar.

—Dieciocho coma dos.

—El sensor del túnel marcó nueve coma ocho —recordó Tomás—. Casi se duplicó en una hora.

—El sensor del túnel no estaba calibrado —respondió Damián.

—Este sí, acá no hay dudas —aclaró Mara.

Damián comprobó la hora del último control y el número de serie. Después pidió un segundo equipo. Vallejos protestó con un movimiento de hombros, pero fue a buscarlo.

—El sensor funciona —dijo Vallejos conectando el reemplazo—. Lo que no funciona es lo que estamos midiendo.

Kim habló desde instrumentación sin levantar la vista de los gráficos de temperatura.

—El día que aprendas a demostrar una frase antes de decirla te van a ascender.

—Cuando me asciendan, vas a tener que ir a buscar el café vos.

Kim comprobó la calibración.

—Entonces quedate donde estás.

El nuevo sensor dio dieciocho coma dos; el termómetro ambiental, cuatro coma nueve; la cámara de transporte, dos coma tres.

—Puede haber una reacción química interna —explicó Damián—. Oxidación o fermentación quizás.

—En una caja cerrada desde vaya a saber cuándo —Tomás sumó con sarcasmo.

—Precisamente por eso no adivinamos. Medimos. Somos científicos.

Mara pasó la mano enguantada a pocos centímetros de la tapa, sin tocarla.

—Si hay reacción, debería variar por zonas.

La cámara térmica proyectó la superficie en tonos azules y amarillos. El calor no se concentraba en una esquina ni seguía las vetas del material. Formaba una figura alargada, regular, más intensa en el centro y estrecha hacia los extremos.

Tomás cambió la cara y dejó de sonreír.

—Che. —La voz de Vallejos llegó desde atrás—. Eso parece una persona.

Nadia giró la cabeza. Mara no apartó los ojos de la imagen. La palabra siguiente ya estaba en la sala antes de que el técnico la pronunciara.

—¿Y si es un vampiro?

La pregunta produjo una risa aislada que nadie sostuvo.

—No —cortó Damián con voz firme.

Vallejos bajó la vista.

—Era un chiste, doctor.

—No me importa. Esa palabra no entra en un acta y menos en una conversación de trabajo. Tenemos un contenedor con una fuente térmica desconocida. Hasta que haya evidencia de otra cosa, eso es todo.

Habló despacio para que Tomás pudiera registrarlo y para que Mara no encontrara una grieta en la definición. En el monitor, la lectura central cambió de dieciocho coma dos a dieciocho coma tres.

Damián miró el número y ordenó repetir la medición.

⁂